

La Velada de nuestro Centro

PALABRAS DE ORTEGA Y GASSET.— ODA LATINA, POR RICARDO ROJAS.

Con el doble propósito de festejar nuestra fecha—el Día de los estudiantes—y de allegar recursos para nuestro sostenimiento, efectuó el Centro Estudiantes de Filosofía y Letras un festival el 15 de Septiembre, en el Teatro Nuevo.

La velada tenía implícitamente una finalidad artística, atestiguada por la representación de una comedia cuyos personajes fueron encarnados por alumnos de la Facultad. Dió realce a nuestra fiesta, la excelencia del programa, el elevado número de familias que asistieron y el ambiente que se desarrolló.

Inició el acto el presidente del Centro, Leopoldo G. Castiella, quien en oportunas palabras expresó el significado de la fiesta y dió la bienvenida a los huéspedes españoles.

Enseguida hizo uso de la palabra el Sr. Ortega y Gasset. Su discurso provocó una intensa corriente de sentimientos. Fué una oración a la Primavera y a la Juventud de la que guarda el auditorio emocionante recuerdo. He aquí su síntesis.

«Comenzó diciendo que no era suya la culpa si traía su palabra descolorida y sin brillo, sino de los estudiantes ante quienes había hecho valer vanamente, denegaciones y pretextos. Ese es el motivo—agregó—de la presencia de este viejo estudiantón en vuestra fiesta de juventud.

En frases felices se refirió en seguida a ese primer periodo de la vida en que todo es franca y placentera alegría, para analizar a continuación, con fina espiritualidad, esas que llamó cuatro virtudes de la mocedad: risa, amistad, amor y entusiasmo.

Como cada hombre, cada edad tiene sus virtudes y hay una moral que exige que seamos lo contrario de lo que somos en la realidad. No debemos avergonzarnos de ser tal como somos, porque nada hay más desmoralizador que declararse vencido de antemano, renunciar a nuevos ensayos. La virtud del arpa, no es que enmudezca, sino que vibre en la armonía de sus variadas notas. El hombre debe ser en la plenitud de su vida lo que fué en su germinación.

Refirió enseguida el orador que en unas excavaciones realizadas en Alejandria, se encontró un hito, uno de esos que servían para colocar en la bifurcación de un camino, el cual presentaba dos caras; una de ellas la de un hombre con aspecto de beodo y apasionado que reflejaba la explosión de sus instintos; la otra, la de un anciano de larga mirada pura, que representaba las características de las más bellas pasiones. Se realizaron estudios e investigaciones y se llegó a la conclusión de que eran dos griegos postreros: Dionisio y Platón; el uno, sereno y divino, amaba las ideas apacibles y era sereno y alto su pensamiento; el otro, Dionisio, el dios del vino y del placer, insaciable de goces y apetitos. Y era que en aquel momento, el griego, al comprender que se extinguía lentamente, había fijado lo que hubiera querido ser: sensación e idea, pasión y virtud.

Se preguntó enseguida el orador: ¿en qué consiste la juventud? Como el borboteo es el semblante del agua que fluye en un cauce estrecho, la juventud es el conjunto de actitudes que actúan sobre el temperamento, cuando la vida sobra... y, mientras tanto, el anciano vive de espaldas a la vida, rumiando viejos recuerdos, y reconstruyendo en su efímera evocación las ruinas de su pasado, como el pájaro fénix que se picotea en el pecho antes de morir.

En conceptos sutiles, profundos y brillantes, hizo el catedrático español la psicología de la risa, esa risa de la juventud franca y leal. Algunos escolásticos, sólo habían encontrado una facultad exclusiva del hombre y ajena al animal; la capacidad de reír.

Ya vendrán, agregó, con el tiempo y con los años, horas de acritud y de fracaso. El corazón se os cerrará para dejar pasar tan sólo lo que responda a vuestro interés individual. Mientras tanto, reid mucho, para que, al avanzar en la vida, llevéis llenos de risa los sótanos de vuestra alma. Un hombre que ríe siempre, tiene, por lo general, el alma sana y limpia. Desconfiad del que no lo hace, porque no es difícil encontrar en él envidias agrias. Fueron los griegos quienes advirtieron primero la transparencia del alma risueña.

Agregó después el orador que muchos viajeros, han señalado el hecho de que no se ríe lo bastante en la Argentina. Que no hay risa suficiente. Y, en efecto, no produce la impresión de un país que se entrega a ella. Piensa Ortega y Gasset que en el presupuesto espiritual de este país, puede señalarse un pequeño déficit de risa.

Y, al referirse a la segunda de las virtudes juveniles enunciadas, dijo: no basta la risa, que es como un rumoroso torrente primaveral; es preciso que en el corazón se detengan, se remansen, sus alegrías y sus pasiones. Es preciso la amistad.

Sólo en la juventud se observan las verdaderas y únicas amistades; los hombres son, ya socios o colaboradores, o cómplices.

Es en esas largas conversaciones casi infantiles, en que se habla casi exclusivamente de sí mismo, en que se compenetran los jóvenes espíritus, cuando nace la amistad. Se siente como una prolongación del «yo» y entonces surge el «tú», con las mismas propias virtudes y derechos.

Al nacer la amistad es cuando se llega a la comprensión total de la naturaleza; se consigue abarcar el cosmos en toda su integridad.

Pero tampoco basta el amigo, y aquí el tercer factor de juventud, agrega el orador, porque ambos son como dos ruedas dentadas que giran la una sobre la otra, pero siempre fuera; falta el amor.

Hace siglos, dijo, un viejo socarrón, Sócrates, llevaba al campo un día de fiesta a un muchacho y le dijo al oído, según Platón: «yo digo a las gentes que sólo sé que no sé nada, pero es incierto; yo sé las cosas del amor». Se lo enseñó la extranjera Mantina, mientras las cigarras musitaban sus ritmos en la quietud de los plátanos.

Para el hombre, la mujer amada es la más perfecta de todas, y siempre el observador trivial piensa que se equivoca el enamorado. Y es que al dirigir el foco de luz de todos nuestros más íntimos sentimientos hacia un mismo objeto, hacia la mujer amada, descubrimos nuevas perfecciones, detalles ocultos para el frío observador.

¿Quién de vosotros, dijo después, no ha mirado al fondo de una maravillosa pupila? ¿No habeis visto inclinados en el fondo de unos ojos bandadas de puntos de oro que dudáis sean sus pensamientos? Es que la visión del amor descubre esas perfecciones que el distraído no vislumbra siquiera.

Nada sobrepasa al amor en calidad; pero en cantidad sí: el entusiasmo. He ahí el cuarto factor de juventud que nos hace amar todas las cosas, y para ello nos enseña la mujer a entregarnos íntimamente.

Cuenta el orador que Azorín, merodeador incansable del pasado y cuyos hermosos libros recomendó de paso al auditorio, le llevó a su casa, no hace mucho, un libro del siglo XVIII, en una de cuyas páginas se leía: «sólo una cosa es capaz de llenar el corazón del hombre, y es el de la mujer». He ahí, añadió, las hondas cosas que decían libros de España, del año 1779.

Ese entusiasmo nos hace trasmigrar de cosa en cosa y de persona en persona. Por ello trajo a colación una leyenda de Bluda. Al nacer, trescientos príncipes le ofrecieron para habitar trescientos

alcázares. Y el profeta resolvió, por conformar a todos, habitar en todos ellos. Ved cómo, agregó, un alma puede multiplicarse en la medida de su entusiasmo.

Habéis visto desfilar, continuó, las cuatro virtudes de la juventud; la risa que abre el corazón; la amistad que fija; el amor que llena y el entusiasmo que multiplica. Celebráis en esta fiesta, dijo después, la muerte del invierno, cuya retaguardia derrotada se revuelve todavía y embiste a la joven primavera. Pronto la veréis a pleno sol, entrar triunfante con sus grandes alforjas de campesina.

Con alta galanura de estilo, el ilustre profesor de filosofía dijo por último que esos eran los pensamientos y sentimientos más sinceros que le era dado expresar ante un concierto tan brillante de juventud, "Son los de un estudiantón, terminó, que arrastra por el mundo un corazón que late incandescente."

Una larga ovación cerró la disertación de Ortega y Gasset.

Luego el profesor Don Ricardo Rojas, recitó, como él sabe hacerlo esta poesía suya que dió a conocer por primera vez:

ODA LATINA

*Fecerat et viridi fetam Mavortis in antro
Procubuisse lupam; geminos huic ubera circum
Ludere pendentes pueros et lambere matrem
Impavidos: illam tereti cervice reflexam
Mulcere alternos et corpora fuigere lingua.*

VIRGILIO. («Eneida». VIII. v. 630-639.)

¡Salve, Loba nutricia de la estirpe de Rómulo augusta,
Tú que traes del Tíber el mensaje a las tierras de América,
Donde ves renaciente la gloria de tu nombre latino,
Madre de pueblos y de héroes y de triunfantes nùmenes, Salve!
Saludada seas, en el umbral de la pampa fecunda,
Donde pliegan, cansadas de conquistas inútiles, su vuelo las Águilas
Portadoras del rayo de Marte, que del Agro a la linde del Orbe,
Condujeron, augurales, el hacha sangrienta del lictor invicto.

Saludada seas, en la pampa afanosa y pacífica,
Donde el Cóndor que baja de la cumbre natal, con sus vuelos
Señala el desierto que aguarda otras gestas humanas,
Enseñando en sus garras la fuerza y la paz en las alas inmóviles.
Saludada seas; oh, Madre, en el hogar de la pampa pacífica,
Ubre inexhausta para los siempre renovados héroes,

Acca Laurencia en los éxodos para todas las tribus errantes,
Y madre, cual tú, de futuras progenies que los siglos esperan.

Madre augural, tú que fuiste por Virgilio armonioso cantada,
Haz que el clásico hexámetro, concertándose en cántico fêrvido,
Rija la voz del vate varonil, que con lirico impetu,
Se adelanta, la palma de paz en la diestra cantándote, ¡salve!
Tú conoces la música grave de estos viejos números,
Cuando el verso, pulsante de sangre, como el mar de vida,
Resonaba en la Eneida preclara y la rotunda oda,
Que de la urbe septicole alzaron aquilino el vuelo.

Rey fluvial en sus selvas itálicas te anunciara el Tiber,
Coronada las húmedas crines con laurel del Lacio,
Y aborascada en el pecho paterno la barba de espumas,
Cuando entre sus montes le habló al peregrino magnánimo Eneas,
Asperos Cyclopes del Etna fundieron el bronceo escudo
Para el brazo armífero del penate esforzado y errante,
Y en el bronce titánico y bélico, Brontes esculpiera,
De metales lucientes—oh, Loba,—tu agorera imagen.

Eres antigua en la historia, como los olímpicos dioses,
Y los ásperos montes, y los rios secudos, y la Tierra toda,
Porque eres la Tierra tú misma: la Tierra hecha madre
Del Héroe; la Tierra hecha patria del Hombre.
Tú viste los toros del primer arúspice sobre el Vaticano.
Tú viste los potros de las dos Tindárides sobre el Capitolio.
Tú viste a la gleba del Agro arrojar la pristina simiente,
Y viste los cuervos del monte Quirite volar sobre Roma.

Eres antigua y sabes de humildes remotos orígenes:
De potentes imperios que fueron presa de contiendas;
De naciones preclaras que fueron tribus de ignominia;
De metrópolis altas que fueron Ghetas y Suburras.
Tú que oíste a la plebe rebelde rugir sobre el monte Aventino,
Tú que oíste a la virgen cristiana sollozar en el Circo sangriento;
Sabes el rugido de las hambres trágicas que azotan la tierra;
Sabes el gemido de las almas pálidas que vencen la muerte.

Eres antigua, y recuerdas tus difíciles cruentas victorias:
Tiranías y miserias y lujurias y guerras y crímenes,
Y pasiones y cóleras y ansias—todo en gran cortejo
De apoteosis, pasó por los arcos triunfales del Foro.
Tú que ahora a la pampa preñada del futuro prodigio
Vienes—oh, Loba!—dinos el enigma del prodigio antiguo:

Del simbólico enigma que guardan bajo sus escudos,
Águilas bicéfalas, rampantes leones, formidables torres.

Pues mi canto comprendes, en que suena la lengua del Lacio,
Tu legión cesárea la llevó a mi Celtíbera Bética;
Y más allá de las firmes columnas de Hércules, Hispania
La esparció bajo el sol de dos mundos, lengua de la gloria!
Yo puedo hablarte, pues que toda mi carne está hecha
De barro de América; pues que están mis arterias henchidas
De latina sangre; pues que está mi llanúnea vislumbre
Encendida en la luz del Misterio, que tus siglos velan...

Peregrinas del Orbe, mis plantas han hollado tus piedras ilustres,
Y en el Foro-fantasma de palacios y templos y arcos,—
Escuché sobre el mundo el eterno vuelo de las Horas—
Dó oyeras las trompas sonantes de Cesar volver de las Galias,
Desde el Pincio florido, que nutrió los jardines de Lúculus,
Y que hoy siente rodar en cortejo vanaglorias nuevas,
Contemplaron mis ojos absortos en la tarde de oro,
Sobre el diáfano azul, tenebrosa, la visión de Roma:

El Janículo, agreste de pinos, barreaba la tarde;
Lúgubre cúpula, San Pedro erigía su mármol ardiente,
Y más allá, concreción de la sombra sobre Monte Mario,
Pasaba espectral, formidable, solemne la sombra de Dante.
Yo puedo hablarte, y puedes hablarme: tuyos son mis números,
Dime de tu fuerza, porque aquí bajo el sol se remuevan
Tu esperanza, tu sangre, tu lengua, tu savia, tu espíritu,
Y en espigas áureas y en ideal excelso, su labor florece.

Sobre el ara aborígen, quede y venza a través de los evos,
Tu figura encarnada en el bronce que anima la gloria,
Y en la paz de la pampa que bañan las aguas del Plata,
Su Llama, su Potro, su Toro y su Cóndor esa ara decoren.
Mágico, eterno conjuro, comuníqueme a mi voz tu presencia,
Y en pretériteras sombras, y futuras, el canto resuene,
Que en la sombra sus ecos resuciten las faunas heroicas,
Y esos mitos lleguen por la senda sacra que Dios les alumbró.

Huelga decir que el auditorio tributó al poeta y al declamador prolongados aplausos.

A continuación cumplió un número de concierto Don Armando Chimenti. Este celebrado pianista ejecutó bri-

llantemente varios trozos de música de su repertorio personal.

Después de una ligera pausa para dar margen a la ordenación de los elementos necesarios para interpretar «Canción de Cuna»—número destacado del programa—comenzó el espectáculo. Las alumnas que encarnaron los papeles de la comedia, se desempeñaron con verdadero acierto artístico:

La concurrencia, que siguió las alternativas de la primorosa pieza de Martínez Sierra con interés creciente, festejó el gracejo peculiar y la emoción sutil y tornadiza de la misma, traduciendo repetidas veces su plena aprobación a las graciosas intérpretes.

